

EL DRUMCH

POW FIER



EL DRUMCH

Por Cibir

Fuentes miró hacia el cielo, a través de los cristales oscuros de sus gafas de sol. Nunca las gastaba antes de la primavera, pero aquél era un día de excepciones. Se las había puesto antes de salir de casa, de forma precipitada, al darse cuenta de que tenía los ojos húmedos. Fuentes no lloraba desde hacía años, muchos, ni siquiera cuando días atrás la policía le llamó para comunicarle el accidente. Ahora, delante de la familia, los amigos, los clientes y los empleados de confianza no quería que le vieran de una forma distinta a la que tenían por costumbre: un duro hombre de negocios que no se dejaba arredrar por nada ni nadie.

El día había amanecido con algunas nubes flotando en el cielo, pero tras el velatorio familiar en su casa, la ceremonia en la iglesia y el viaje hasta el cementerio había pasado el tiempo suficiente para que las nubes se agruparan como si de una oscura plaga se tratase, dispuesta a descargar su furia en forma de lluvia sobre las más de cien personas que se encontraban allá abajo.

Los primeros truenos comenzaron a oírse, y muchos de los congregados se dispusieron a echar mano de sus paraguas, puesto que entre las lápidas no había lugar donde poder encontrar cobijo. A pesar de los truenos, Fuentes podía escuchar perfectamente los sollozos de las mujeres, los cuchicheos de los hombres y los gritos infantiles de algunos de los niños, los cuales correteaban por entre las filas de lápidas como si el cementerio fuese un parque público.

El cura se apresuró a terminar las últimas frases, como si diese más importancia al echo de mojarse que a su propio trabajo. Era un hombrecillo enjuto y medio calvo, con unos ojos grandes que denotaban una expresión de infinita tristeza. Fuentes se preguntó cuantas veces habría dicho el sacerdote las mismas palabras una y otra vez, cuantas veces había visto a los familiares llorar, cuantas innumerables veces habría contemplado la muerte, sin poder evitar preguntarse por qué.

Fuentes dejó de mirar al cura, y paseó la mirada por la gente que se encontraba más próxima a él. Su mujer, Elena, se encontraba a su izquierda, con faz severa pero sin llorar. Era una mujer rubia, de cabellos largos, más joven que él aunque no lo suficiente para despertar los típicos rumores sobre las mujeres de los hombres ricos maduros. Al fin y al cabo el propio Fuentes apenas pasaba de los cuarenta, y aparentaba algunos años menos debido a su excelente forma física, lo que le costaba la mayor parte de su poco tiempo libre.

A su derecha, como siempre, estaba la figura de un metro noventa de alto de Raúl, su inseparable mano derecha en el duro mundo de los negocios, buen compañero y amigo desde que se conocieron en la universidad. Puesto que siempre iban juntos y Raúl era más alto y robusto que Fuentes, mucha gente creía que era su guardaespaldas en lugar de su hombre de confianza. Raúl le devolvió la mirada y le palmeó una mano suavemente en la espalda, para infundirle ánimos. Fuentes agradeció su presencia en aquellos momentos tan terribles para él y Elena.

El cura terminó sus oraciones, y los miembros de la funeraria cogieron el ataúd. En ese momento alguien se desmayó, los sollozos se convirtieron en gritos desgarradores, algunos en súplicas inútiles, pero todo fue en vano. Unos minutos después todo había terminado. El ataúd descansaba bajo tierra sagrada, la lápida (de las más caras, por cierto) se había colocado, y la gente se despedía de Fuentes y su mujer, aunque él apenas decía palabra. Su mente le daba vueltas y vueltas, quería creer que todo era una pesadilla, pero no, todo era real, atterradoramente real. Instintivamente llevó su mano derecha hasta la lápida, en un intento desesperado de rescatar al fallecido de las garras de la muerte, pero sabía que era inútil. Abatido, Fuentes se dejó caer y lloró, lloró como si las lágrimas que nunca había derramado brotasen todas juntas en ese mismo instante. Elena lo abrazó, y Raúl los dejó solos en la intimidad de su dolor, encaminándose hacia la salida del cementerio.

En la lápida había una foto de un niño de unos doce años, de ojos azules y pelo negro muy corto. También podía leerse un nombre: *Julián Enrique Fuentes Costa*. Debajo del nombre se había realizado una inscripción en letras grandes: «*Tus padres, tíos y abuelos nunca te olvidarán*».

Entonces se escucharon los truenos, con mucha más potencia que antes, y ahora iban acompañados de brillantes explosiones de luz azul. La tormenta cayó sobre el cementerio con toda su intensidad, como si todos los ángeles del cielo derramasen sus lágrimas al unísono en señal de triste despedida.

Fuentes se revolvió en la cama, inquieto. No podía dormir, no tanto a causa del fragor de la tormenta como por la reciente muerte de su hijo Julián. Con la mirada fija en el techo, susurró el nombre de su hijo, al tiempo que rememoraba los últimos acontecimientos sobre el terrible accidente.

Fuentes y Elena estaban aquel día en una cena de negocios, junto a otra pareja de su misma edad, en un conocido y lujoso restaurante del centro de la ciudad. Estaban tomando los postres cuando el móvil de Fuentes sonó, interrumpiendo la conversación trivial entre ambos

ejecutivos. Antes de apretar el botón y contestar la llamada, Fuentes presintió que se trataba de una mala noticia, pero no pudo imaginar el terrible golpe que le iba a ocasionar.

–¿Don Alberto Fuentes? –preguntó una voz masculina al otro lado de la línea telefónica. Por el tono se podía adivinar que el hombre estaba algo incómodo—. Soy David Ramírez, subinspector de la policía.

–Si, soy yo –Fuentes nunca había recibido una llamada de la policía, e imaginó que aquella primera vez no sería para algo agradable—. ¿Que ocurre?

Al oír esto, Elena se puso un poco tensa, preguntándole a su marido quien era el que lo llamaba. Fuentes le respondió con un movimiento de su mano derecha, indicándole que esperara un momento.

–Lamento comunicarle que... –la voz del subinspector vaciló, e inconscientemente Fuentes apretó la mano derecha sobre el teléfono– ...que su hijo ha sido encontrado muerto, hace una media hora, atropellado por un coche. Lo siento muchísimo.

A fuentes le dio un vuelco el corazón, y se le nubló la mente. No escuchó el resto de las palabras de Ramírez, ni las voces del resto de comensales del restaurante, ni siquiera pudo ver otra cosa que el rostro de su hijo, Julián, al que habían dejado en casa hacía unas pocas horas. Desde hacía varios meses habían decidido que el chico ya tenía edad suficiente para quedarse sólo de vez en cuando, y hasta ahora nunca había habido problemas. Ahora que la tragedia llamaba a la puerta, los gritos de culpa entre Elena y Fuentes por haber tomado aquella decisión serían moneda de cambio frecuente durante los días venideros.

Una vez recibida la trágica noticia, todo fue muy rápido. Primero las preguntas de la policía, luego la identificación del cadáver, después las llamadas a los familiares y por último el entierro. Rodeado por la oscuridad de la noche, Fuentes no pudo de dejar de pensar en lo que la policía le había dicho: el conductor de un Ford de color blanco había arrollado a las once y media de la noche al muchacho, el cual había cruzado la calle a toda velocidad, sin mirar a ambos lados. La temeridad del chico le había causado una muerte instantánea. Se le práctico el control de alcoholemia al conductor del Ford, mostrando un resultado negativo. Era duro de aceptar, pero las pruebas eran concluyentes, habían testigos que lo corroboraban: fue un accidente involuntario, el conductor del Ford no pudo hacer nada para evitar el choque. ¿Por qué Julián había salido de su casa a altas horas de la noche, vestido con su pijama, para adentrarse sólo en la oscuridad y hallar una muerte trágica? Esa pregunta revoloteó por la cabeza de Alberto Fuentes durante toda la noche, impidiéndole dormir.

Fuentes se levantó de la cama con cuidado de no despertar a su esposa, la cual había podido dormirse finalmente, tras haberse tomado un par de tranquilizantes. La verdad es que lo había estado llevando todo bastante bien, teniendo en cuenta que Julián no era su hijo, sino de la primera esposa de Fuentes, Alicia, fallecida años atrás por culpa de una larga enfermedad. Fuentes intentó pensar en otra cosa que no fuese su exmujer, puesto que recordar su trágico final le provocaba un dolor interno muy agudo. Tal vez por eso estaba encajando peor la muerte de Julián; primero la madre y después el hijo. Era demasiado dolor y sufrimiento incluso para él.

Fuentes se encaminó hacia las escaleras que bajaban hacia la planta principal de la casa, pensando que tal vez un trago de licor le aliviaría un poco. Deslizándose en la oscuridad, puesto que no necesitaba encender la luz para orientarse, comenzó a descender los peldaños lentamente. Entonces Fuentes escuchó un ruido apagado, procedente de la habitación de su hijo recientemente fallecido. Extrañado, Fuentes se dirigió al dormitorio en el que tantas veces había dado las buenas noches a Julián. No había vuelto a entrar en la habitación desde el día del accidente, y aunque no tenía muchos ánimos para hacerlo ahora, la curiosidad pudo más.

Fuentes se detuvo ante la puerta del dormitorio, agudizando el oído. No escuchó ningún sonido, salvo el de su respiración agitada y el latir palpitante de su corazón. Se dio cuenta de que estaba inquieto, aunque no sabía cual era la razón. Abrió lentamente la puerta, como si temiera despertar a su hijo, sin darse cuenta de que ya no era necesario.

El interior de la habitación estaba oscuro, puesto que la ventana estaba cerrada y la persiana estaba bajada, cubriéndola por completo. Fuentes iba a encender el interruptor de la luz para poder ver el interior del dormitorio cuando de repente notó la impresión de que no estaba solo, alguien más estaba allí con él. Y entonces el horror llenó por completo la mente de Fuentes.

Aunque al principio solo parecía una mancha borrosa en medio de la oscuridad, un instante después Fuentes contempló atónito un rostro que flotaba en el centro de la habitación, a solo unos pocos pasos del umbral de la entrada, donde él se encontraba. Era el rostro del terror, surgido de la más terrible de las pesadillas, una cara tan horrenda que era capaz de arrastrar a la locura al más cuerdo de los mortales.

Fuentes sintió como el corazón le dio un vuelco y un miedo indescriptible se apoderó de él, al ver aquellos ojos pequeños y redondos, de un color amarillo brillante, que le miraban fijamente. La cara era arrugada, deforme, con una mandíbula desproporcionada y torcida en una extraña mueca. Los labios, gruesos y amoratados, estaban entreabiertos, mostrando unos

dientes sucios y ennegrecidos. Su frente estaba poblada de innumerables granos del tamaño de un guisante, y estaba coronada de una mata de pelo mugriento, de un tono verdusco como el que poseen las algas marinas. A Fuentes le pareció que aquella cara repugnante y fantasmal flotaba en el aire, sin que debajo de ella existiese cuerpo alguno que la sostuviera. No se dio cuenta de que lo que iluminaba aquella máscara demoníaca era una tenebrosa fluorescencia que se desprendía de sus cabellos verdes.

Guiado por ese instinto de supervivencia nato que reside en todas las personas, y que permanece latente hasta que una situación drástica lo hace despertar, Fuentes luchó contra su miedo y reaccionó lo más rápidamente que pudo, saltando hacia atrás. Inmediatamente tanteó con ambas manos la pared del pasillo, a la altura aproximada de su pecho, hasta que encontró el interruptor de la luz del corredor. Al accionar el mecanismo, las tinieblas quedaron absorbidas por el resplandor dorado que emergía de la pequeña lámpara del techo, expandiéndose como una ola de luz sobre un mar de oscuridad.

A pesar de que estaba casi paralizado por el terror, Fuentes avanzó nuevamente hacia la habitación, como un animal que se dirige hacia el matadero y no puede hacer nada para evitarlo. La luz del pasillo iluminaba débilmente el dormitorio, por lo que Fuentes pudo observar que allí no había nadie. El hombre, algo más calmado, penetró con paso vacilante en el interior del cuarto, encendiendo el tubo fluorescente del techo. Fuentes miró las paredes, llenas de posters con rostros de héroes de películas y cómics. En la estantería cercana al pequeño escritorio, repleta de libros y pequeños juguetes, había un gran estuche de color negro, donde el pequeño Julián guardaba su colección de figuras de plástico del oeste americano. También había una vitrina de cristal de doble puerta que encerraba la escenografía miniaturizada de un campo de batalla, donde diversos soldados de plomo aguardaban rígidamente a que alguien intercambiase su posición en el terreno. Había un hueco entre las filas de los soldaditos, pues Julián tenía un preferido por encima de los demás y que solía llevar consigo a todas horas: el jefe de los fusileros. Aquella pequeña pieza que faltaba podía encontrarse en cualquier lugar de la casa, y Fuentes tuvo que reprimir una lágrima al recordar cuantas veces había tenido que ayudar a su hijo a buscarla por todo el hogar.

Fuentes siguió escrutando por la habitación, aunque al parecer todo estaba en orden, no había rastro alguno de que alguien hubiera estado allí hacía escasos segundos. «*Y menos una horrible cabeza satánica voladora*», pensó Fuentes. Recorrió con la vista todos los rincones de la habitación, abrió la puerta del armario y removió algunos cajones, hasta que por fin se quedó satisfecho. Todo había sido producto de la imaginación de Fuentes, una ilusión

provocada posiblemente por el estado mental que a veces sucede a una situación extrema, como la muerte de un ser querido.

Suspirando de alivio, Fuentes apagó la luz y cerró la puerta de la habitación. Volvió a su propio dormitorio, entrando otra vez en la cama con cuidado de no despertar a Elena, ajena a todo lo ocurrido. Pasó más de media hora antes de que el sueño se apoderase de él, un sueño plagado de rostros horribles con ojos amarillentos, que no cesaban de observarle amenazadoramente.

El día siguiente transcurrió muy rápido para Fuentes, que decidió volver a su rutina de trabajo habitual. Reuniones en despachos de grandes oficinas, llamadas de teléfono con hombres importantes, montañas de papeles que leer y firmar, repasar la agenda con su secretaria, tomar un trago de café amargo de vez en cuando para aliviar el estrés, e incluso comer a toda prisa con altos cargos de prestigiosas compañías. Todos los días hacía siempre lo mismo, trabajar y trabajar, sin pararse a pensar que en realidad no era tan diferente a una simple hormiga obrera de las que se arrastraban en cualquier agujero. Pero ahora era distinto, necesitaba el trabajo para mitigar, que no olvidar, el dolor por la muerte de Julián.

Llegó un momento en que la mirada de Fuentes se volvió turbia ante la montaña de papeles que examinaba a altas horas de la noche, señal de que su mente cansada ya no daba para más. Raúl, su fiel amigo y socio, le aconsejó que fuese a descansar, él ya se encargaría de cerrar. Fuentes agradeció su lealtad y su amistad, y decidió hacerle caso y volver a casa junto a Elena. Tras bajar por el ascensor hasta el garaje del gran edificio de oficinas donde trabajaba, Fuentes se despidió con un gesto del vigilante nocturno que custodiaba el acceso y se dirigió hacia la plaza donde le aguardaba su Mercedes azul oscuro.

Justo cuando se encontraba a pocos pasos de su coche, Fuentes advirtió como las luces del garaje comenzaron a parpadear levemente, primero una vez y luego varias veces seguidas, hasta que de pronto todo el lugar quedó a oscuras. Una extraña sensación se apoderó de Fuentes, abrazado por un temor amenazante a pesar de que la oscuridad nunca le había dado miedo. Pero había algo raro en el ambiente, algo que no podía explicar desde un punto de vista racional. Hasta sintió un profundo escalofrío que le recorrió la espina dorsal al divisar una pequeña figura que se movió rápidamente delante de él, en mitad de aquella oscuridad.

«*No pasa nada, tranquilo, no es nada*», se dijo Fuentes a sí mismo para calmarse. Su respiración se había vuelto agitada y ruidosa, producto del inicio de un ataque de pánico. Y de repente, otro fugaz movimiento muy cerca de él, esta vez acompañado del sonido causado por el roce de unos pasos sobre el suelo asfaltado del garaje. Ahora ya no había ninguna duda, allí

había alguien más aparte de Fuentes. Con el corazón en un puño mientras comenzaba a sudar copiosamente a causa del miedo, Fuentes sacó las llaves del Mercedes, pero lo hizo tan torpemente que se le cayeron al suelo. Lanzando una blasfemia al aire, el hombre se agachó en el suelo, buscando a tientas desesperadamente en aquel garaje oscuro las llaves del coche. Algo le rozó la mejilla, y Fuentes se puso a gritar, tapándose la cara con las manos. Mientras el horror devoraba su mente, aún tuvo algo de valor para intentar asomar la vista entre la pequeña abertura que dejaban pasar sus agarrotados dedos, pudiendo observar la menuda figura de lo que parecía ser una especie de duende. Pero al mirar el rostro de la criatura sintió como si un martillo golpease su corazón en lo más profundo de su ser, puesto que aquella no era la primera vez que lo veía. Aquel duende era el mismo ser fantasmal que había creído ver en la habitación de su hijo la noche anterior. Cara arrugada y deforme, nariz picuda y verrugosa, mechón de pelo verde que brillaba con una tétrica luz fluorescente... No había ninguna duda, era él. Y le estaba mirando.

Fuentes no pudo más, y perdió los estribos. Cerró con fuerza los ojos y dejó exhalar por su boca abierta unos gritos desgarradores, que reflejaban el horror y la locura que se abatían sobre su mente en aquellos instantes. Entonces Fuentes notó como algo se acercaba hasta él, advirtiéndolo como alargaba sus manos para tocarle, y sintió como alguien le sacudía y le intentaba apartar sus manos y sus brazos, contraídos sobre su pecho y cabeza en un vano abrazo protector.

–Señor Fuentes, ¿está usted bien? –dijo a su lado la voz del vigilante de seguridad.

Fuentes abrió los ojos a la vez que bajaba los brazos, observando que la luz había vuelto a inundar el garaje. Junto a él se hallaba el vigilante, que le miraba con una mezcla de curiosidad y preocupación, mientras le acercaba las llaves del coche que se le habían caído un momento antes. Del misterioso y horrible ser no había rastro alguno.

–Gracias, estoy bien –dijo Fuentes al vigilante, intentando recobrar algo de dignidad mientras se ponía en pie–. Es que he tropezado y me he caído, y luego no encontraba las llaves en esta maldita oscuridad.

Fuentes se metió en el Mercedes y arrancó, alejándose de allí rápidamente. Por la mirada que le dirigía el vigilante, mañana el asunto sería la comidilla en todo el edificio. Otro de los peces gordos que se vuelve pirado. Fuentes se dijo una y otra vez que todo esto era una alucinación, que aquel duende horripilante no existía más que en su torturada mente, y que cualquier psicólogo le recomendaría un periodo de descanso para poder asimilar mejor la muerte de su hijo. Si, todo aquello era producto del estrés y del dolor, nada más.

El motor del Mercedes rugió en la noche, estimulado por la fuerza con la que Fuentes apretó el acelerador. Le gustaba conducir a gran velocidad, era algo que le estimulaba, una sensación embriagadora y placentera que le inducía a pelearse con los límites de velocidad que constantemente hallaba a su paso. Pero Fuentes ignoró todas las señales, incluso se negó a mirar el indicador de velocidad durante unos minutos, hasta que sintió un alivio general que le recorrió todo el cuerpo de pies a cabeza. Entonces se dio cuenta de que estaba a punto de abandonar la carretera principal para entrar en el camino que le llevaría hasta la zona residencial donde vivía, por lo que decidió que era mejor pisar el freno un poco. Y por segunda vez en aquella noche, el horror se apoderó una vez más de Fuentes, al advertir que los frenos no funcionaban. Volvió a intentarlo de nuevo una y otra vez, pero seguían sin responder. Alarmado y tragando saliva, Fuentes intentó no dejarse llevar por el pánico otra vez. Aquello no era cuestión de imágenes irreales que le atormentaran, era una situación completamente real. Si no hacía algo pronto, en pocos momentos tendría un accidente de coche, y a la velocidad con la que conducía podría ser terriblemente fatal.

Fuentes hizo lo único que se le ocurrió en aquella situación de extremo peligro. Mientras daba un brusco volantazo a la derecha para evitar estrellarse contra el muro de una de las residencias de la zona, intentó reducir progresivamente las marchas para frenar mediante el motor. Una tras otra fue cambiando de marchas, enlenteciendo paulatinamente la velocidad del Mercedes a medida que se iba quedando sin espacio para maniobrar el vehículo, hasta que de pronto se encontró con un cruce de calles controlado por un semáforo. Sabiendo que podría dañar a otros si se saltaba las señales, Fuentes prefirió jugárselo todo a una carta y giró bruscamente para dirigirse contra un grupo de contenedores de residuos, reduciendo la marcha al mínimo y usando el freno de emergencia. Empleando toda su fuerza y habilidad, fuentes tiró de la palanca al máximo, empotrando el vehículo contra los contenedores pero frenándolo del todo. El peligro había pasado, nadie había sido herido y lo único perjudicado sería la zona frontal del vehículo.

«*De buena me he librado*», se dijo Fuentes, mientras intentaba no asfixiarse bajo el aparatoso airbag, que se había liberado bajo la fuerza de la colisión. Entonces los cabellos de su cabeza se le pusieron de punta, al ver por el espejo retrovisor el rostro demoniaco del duende perverso. Pero al volverse para mirar hacia atrás, se dio cuenta de que había vuelto a imaginárselo, pues en los asientos traseros del coche no había nadie. Desde luego, o estaba loco de atar o pronto lo estaría, de tanto imaginarse cosas raras. Mañana tendría que decirle a su secretaria que le pidiese cita con el psicólogo.

–Y bien, doctor Ferrer, ¿estoy loco? –preguntó Fuentes al hombre bajo y enjuto que tenía delante, y que le observaba con gesto preocupado mientras se acariciaba una cuidada y poblada barba blanca.

–Desde luego, su relato es de gran interés, de eso no me cabe la menor duda. Si he entendido bien, ese...ser misterioso comenzó a aparecersele tras la muerte de su hijo, ¿no es así? –preguntó el doctor, un profesional de reconocido prestigio dentro del mundo de la psicología.

–Así es. Lo veo en todas partes. Un ser pequeño, de rostro horrible, casi demoniaco. Lo veo en todas partes, siempre de noche. Sé que no puede ser real, por lo que sólo puede tratarse de una visión, algún tipo de alucinación. ¿Usted que cree? –dijo Fuentes, tapándose la cara con ambas manos en señal de desesperación.

–Vamos, anímese, señor Fuentes. No creo que su caso sea de los más graves. Al fin y al cabo, la mayoría de la gente que viene aquí buscando mi ayuda siempre empiezan diciendo que ven cosas que creen reales, y usted ya asume que sufre visiones de cosas que en realidad son inexistentes. Eso ya dice mucho de la situación y de su estado. Sinceramente, mi diagnóstico es que esas imágenes de un ser de pesadilla que le sigue a todas partes provienen de un profundo sentimiento de culpabilidad ante la muerte de su hijo. Y el hecho de que muriese de noche es la causa de que sus visiones también se produzcan a esas mismas horas.

–¿Y que puedo hacer para que esa criatura desaparezca de mi mente, doctor?

–Debe quedar en paz consigo mismo, rebuscar en lo más profundo de su corazón y darse cuenta de que usted no tuvo la culpa. Solo fue un accidente, un terrible y lamentable suceso fortuito, y cuando su mente lo acepte será cuando cesen las visiones que le atormentan. Créame, es solo cuestión de tiempo, es como caminar por un corredor a oscuras mientras se tantea en las paredes en busca de un interruptor. Una vez que encuentre su interruptor, la luz deshará las tinieblas que torturan su espíritu y quedará libre y en paz, totalmente curado.

Fuentes se levantó, agradeciendo al doctor Ferrer su tiempo y sus consejos, y se marchó del despacho para dirigirse a casa. Encontrar el interruptor le llevaría tiempo, pero al menos se fue con la idea de que no estaba tan rematadamente loco como pensaba.

Mientras Fuentes se dirigía a casa sentado en la parte trasera de un taxi, aprovechó para llamar a su amigo y socio Raúl, dándole instrucciones para que cancelara alguna de sus reuniones y le representase en su nombre en otras. Raúl era un hombre inteligente, y además se conocían desde hacía muchos años, por lo que enseguida dedujo que Fuentes no estaba bien del todo. Pero no hizo demasiadas preguntas al respecto, tan sólo le ofreció su apoyo a

Fuentes para todo lo que fuese necesario, incluso encargarse de recoger el coche del taller cuando lo hubiesen terminado de arreglar. Fuentes colgó, aliviado por tener a su lado a un hombre de confianza como Raúl, y pensando que alguna vez tendría que contarle lo de sus visiones.

Fuentes entró en su casa, sólo para hallarla vacía, pues Elena le había dejado una nota diciéndole que iba a casa de sus padres para hacerles una visita, pero que vendría a la hora de cenar. Aprovecharía para hacer él la cena, y así Elena descansaría un poco, pues también ella debía estar pasándolo mal. Se dirigió a la cocina y se puso manos a la obra, cocinaría un delicioso pastel de carne elaborado con una receta casera que le salía siempre para chuparse los dedos. No es que Fuentes fuese un gran cocinero, pero algunos platos se le daban bien.

Mientras Fuentes mezclaba los ingredientes y se afanaba para que todo estuviese a punto, tras las cortinas que tapaban las ventanas la noche se iba cerrando en torno a la casa. Fuentes, enfrascado en sus tareas culinarias, no se percató de que ya no estaba solo en la casa. Y por ello se le cayeron al suelo unos platos que sostenía cuando al darse la vuelta se topó con el ya familiar rostro del duende del cabello verde, que le observaba con medio cuerpo asomado tras el umbral de la puerta de la cocina.

–Vete, monstruo, no eres real –dijo Fuentes en voz alta, cerrando los ojos y cubriéndose la cara con un brazo–. ¡No eres real!

Fuentes esperó unos segundos y decidió abrir los ojos. La horrible criatura había desaparecido. El hombre anduvo lentamente hacia la entrada de la cocina, arrastrando los pasos uno a uno, mientras el corazón le palpitaba desbocado como si fuese a salirse de su sitio. Se decidió a echar un vistazo, asomando la cabeza, pero en el pasillo tampoco había nadie. «*Te he vencido, pesadilla del infierno*», pensó Fuentes, sonriendo aliviado.

En ese instante se fue la luz, y toda la casa quedó a oscuras. Fuentes se asustó un momento, pero enseguida se dijo que era normal que hubiese un apagón, que no era nada extraño. Simplemente tenía que ir hasta el salón y coger la linterna que guardaba en un cajón, no era difícil. Así que se encaminó hacia el pasillo, torciendo a la derecha para entrar en el salón, donde podía ver un poco mejor gracias a la luz exterior que se filtraba a través de las ventanas. Fuentes pensó que era raro que sólo se hubiese ido la luz en la casa y no en toda la zona, así que pensó que sería cosa de los fusibles. Una vez se hizo con la linterna, la encendió con alivio, sintiéndose mejor al ver la luz que de ella emanaba. Luego se dirigió a la puerta de entrada de la casa, la abrió y salió para dirigirse al garaje, donde estaba la caja de la instalación eléctrica. Y al abrir la puerta, la luz de la linterna iluminó de repente los ojos amarillentos y la nariz llena de verrugas del duende imaginario, dándole un susto de muerte

que le hizo dar un grito, a la vez que sintió un martilleo en el corazón. Sobreponiéndose a un ataque de nervios, Fuentes enfocó el haz de la linterna para barrer el interior del garaje de un extremo a otro, pero nuevamente el ser había desaparecido.

Recuperándose del susto, Fuentes se acercó a la caja eléctrica, y vio que el interruptor general había saltado. Lo volvió a colocar en su posición correcta...y un chispazo brillante estalló delante de los ojos de Fuentes, a la vez que un dolor intenso penetraba a través de su mano y recorría todos los nervios de su cuerpo, mientras un leve aroma a quemado inundaba su nariz mientras poco a poco su visión se iba volviendo borrosa. Antes de que su mente quedase envuelta por el abrazo de la inconsciencia, aún tuvo tiempo de ver una figura oscura que se alejaba del garaje. Esta vez no era un duende pequeño y desfigurado, sino una sombra de enormes dimensiones, como la de un gigante cuya enorme silueta se difuminaba al fundirse en la noche.

Fuentes abrió los ojos, despacio, y enseguida se dio cuenta de que estaba en la habitación de un hospital. Captó las voces de Elena y otra persona, los cuales enseguida se acercaron al darse cuenta de que recuperaba la consciencia.

–Alberto, ¡que susto me has dado! –dijo Elena–. ¿Se puede saber a que estabas jugando? Casi mueres electrocutado...

Elena no pudo continuar hablando, su voz se quebró para dar paso a un llanto débil, por lo que fue un hombre con gafas y un fino bigote, vestido con una bata blanca, quien le informó sobre su estado. Al parecer unos cuantos voltios de más habían entrado en su cuerpo, pero la fortuna había hecho que los daños fuesen leves. Había pasado la noche en el hospital, y casi todo el día siguiente, pero ya estaba mejor. Las pruebas médicas indicaban que no había sufrido ningún perjuicio grave, por lo que mañana por la mañana seguramente le darían el alta.

–Además, una noche más en la cama del hospital no le hará ningún daño, ¿verdad? –dijo con un guiño el doctor de bata blanca antes de marcharse.

Sin embargo se equivocó, puesto que tras cenar y apagarse las luces, al quedarse solo en la habitación, Fuentes contempló un brillo resplandeciente en un rincón. Una luz verde que provenía de aquella criatura siniestra que no paraba de contemplarle fijamente, mientras permanecía sentada en el suelo en una actitud siniestra e inquietante. Fuentes se durmió a causa del efecto de los sedantes, pero su sueño no fue apacible y sosegado, sino una terrible e interminable pesadilla poblada de un ejército de duendes horripilantes que tiraban de su

cuerpo y de su mente en todas direcciones, intentando hacerle pedazos lenta y dolorosamente en medio de una agonía indescriptible.

El aire acondicionado de la sala de espera del doctor Ferrer mantenía la temperatura en un estado óptimo, pero a pesar de ello algunas de las personas que aguardaban su turno sudaban ligeramente. Una incómoda sensación se apoderaba de la mayoría de ellos mientras daban fugaces miradas de soslayo al resto, para luego bajar la cabeza avergonzados intentando disimular tras haber sido cogidos infraganti observando descaradamente. Fuentes observó la gran diversidad de pacientes del doctor, aunque el único que le llamó la atención por encima del resto fue un hombre de unos setenta años, de rostro macilento y casi totalmente calvo, que no paraba de mirarle fijamente ni un momento, sin pestañear.

Cansado de la actitud grosera de aquel hombre, Fuentes se dirigió al baño, donde al menos estaría un rato tranquilo. Se lavó las manos y se enjuagó el rostro con agua fresca, pero no sintió mucho alivio al verse reflejado en el espejo. Presentaba un aspecto deplorable, fruto de las pesadillas, las visiones y el miedo a quedarse a oscuras y ver de nuevo el rostro del duende. Pero no pudo contemplar mucho tiempo los efectos causados en su demacrado rostro, porque enseguida entró en el baño el hombre calvo de la sala de espera.

–Usted también lo ha visto, ¿verdad? –disparó a bocajarro el anciano, con voz temblorosa y excitada.

–¿Perdón? –contestó Fuentes, mirando a aquel hombre que parecía no estar completamente en sus cabales.

–A mí no me engaña –prosiguió con lo suyo el calvo, acercándose demasiado a Fuentes–. Usted lo ha visto, como yo y como muchos otros antes. No puede engañarme.

–No sé de que me habla –Fuentes intentó alejarse del hombre y salir del baño, pero éste se interpuso.

–El duende, la criatura, el monstruo. El que le atormenta por las noches, sin dejar de acosarle. Puedo verlo en sus ojos, en su rostro. Usted también sufre sus visitas.

–No sabe lo que está diciendo, abuelo. Está usted chocheando, apártese o tendré que enfadarme –dijo Fuentes, aunque no muy convencido del todo.

–No mienta, sé que lo ha visto. El Drumch. Así lo llaman. Usted cree que no es real, que solo vive en su imaginación, pero no es así. Es real, ¿me entiende? ¿Entiende lo que quiero decir? –en ese momento el anciano sujetó con fuerza los hombros de Fuentes, el cual no supo reaccionar.

–Apártese ahora mismo, loco, o llamaré a alguien para que lo detengan. Está usted para que lo encierren –amenazó Fuentes.

–Eso da igual, porque el Drumch es un espíritu, puede entrar en cualquier sitio, aunque solo sale de noche. Pero no hay que tenerle miedo, en realidad no es maligno, a pesar de su aspecto. Si se le ha aparecido, es porque quiere avisarle de algo. Tal vez esté usted en gran peligro, un peligro mortal –el hombre pronunció las últimas palabras en un tono de voz tan bajo que asustó a Fuentes.

En ese momento la puerta del baño se abrió, y dos enfermeros fornidos se acercaron amenazadoramente al anciano, empujándolo suavemente para sacarlo de allí.

–Venga Matías, deja de decir sandeces y tómate las pastillas, ¿no ves que tus delirios asustan a los demás pacientes? No querrás que el doctor Ferrer se enfade contigo, ¿verdad?

Mientras los enfermeros se llevaban a Matías por un largo pasillo, Fuentes se quedó mirando al pobre loco. Y en el último momento, antes de desaparecer por una esquina, el anciano volvió la cabeza por un instante y gritó a Fuentes unas últimas palabras:

–Tiene que saber lo que quiere el Drumch, de lo contrario no se irá nunca. ¿Me oye? ¡No se irá nunca!

Fuentes estaba de pie, mirando la misma fría losa de piedra que días atrás ayudó a colocar en memoria de su hijo Julián. Una trágica muerte que dio paso a las visiones de un increíble ser, una criatura que hasta ahora creía irreal, producto de su mente atormentada. Pero ahora ya no estaba seguro de nada. ¿Y si el doctor Ferrer se equivocaba? ¿Y si aquel viejo loco llamado Matías tenía algo de razón dentro de sus balbuceos delirantes? ¿Existía realmente ese tal Drumch? Y si así era, ¿qué es lo que quería, porqué le atosigaba noche tras noche, sin descanso? Demasiadas preguntas sin respuesta, demasiado misterio para un hombre que lo había tenido todo, pero que ahora se encontraba vacío, sin poder evitar un gran sentimiento de soledad allí de pie, acompañado por las voces silenciosas de los muertos que ocupaban todas aquellas tumbas del cementerio.

Un ruido rompió la monotonía de los pensamientos lúgubres de Fuentes, el cual sacó el móvil para responder a la llamada entrante:

–¿Diga?

–¿Don Alberto Fuentes? –contestó una voz que ya había escuchado antes–. Soy el subinspector David Ramírez. ¿Se acuerda de mí?

–Claro, subinspector, ¿qué desea? –Fuentes se dijo que como diablos iba a olvidar al hombre que le notificó la muerte de su hijo.

–Señor Fuentes, necesitaría hablar con usted de un asunto un tanto...peculiar –el tono con el que dijo aquella última palabra no gustó mucho a Fuentes–. Preferiría no hacerlo por teléfono, si fuese usted tan amable de acudir a la comisaría para hablar se lo agradecería muchísimo.

–¿De que se trata, subinspector? Ya sabe que soy un hombre muy ocupado, y no puedo perder el tiempo en naderías.

–Lo sé, lo sé, pero es importante. Verá, es que hemos sabido que sufrió un accidente de coche, y más tarde también tuvo un percance doméstico. Y también sabemos que está visitando a un doctor especializado en psicología, un tal doctor Ferrer, según el cual usted sufre de una especie de crisis nerviosa. Quizá sería mejor que viniese y así podríamos discutir tranquilamente...

–Oiga, Ramírez, no se lo que quiere insinuar, pero déjeme tranquilo. Si tengo ganas y tiempo, ya les haré una visita –Fuentes colgó la llamada, visiblemente molesto.

Al quedarse sólo y en silencio otra vez, Fuentes meditó sobre todo lo que le estaba pasando, sopesando las palabras del subinspector Ramírez. Los frenos del mercedes que no funcionaban, la descarga que casi lo electrocuta... ¿Y si Matías tenía razón? A lo mejor era verdad que el Drumch le estaba advirtiéndole de algo. Al fin y al cabo, el duende nunca le había hecho nada malo. La primera vez que lo vio estaba en la habitación de su hijo, luego se lo encontró en el garaje del trabajo, justo antes del accidente. Su tercer encuentro fue en la cocina, antes del apagón que causó que fuese a manipular la caja de los interruptores de la luz. Y por último, lo había visitado la noche que pasó en el hospital. Es cierto que si Matías tenía razón, y el Drumch se aparecía para avisarle, podía haber relación entre la criatura y los accidentes. Pero por más que se estrujase la cabeza, no veía porqué se le había aparecido en la habitación de Julián y en el hospital.

Desesperado, Fuentes salió del cementerio y entró en el taxi que le estaba esperando, poniendo rumbo a casa. Mientras realizaba el trayecto, una idea comenzó a tomar forma dentro de su cabeza. Una vez entró en casa, saludó a Elena, que estaba realizando tareas de limpieza, y se fue directamente al piso de arriba, a la habitación de Julián. Sin saber muy bien el qué, comenzó a buscar minuciosamente por todos los rincones. Registró el armario, la cama, los libros, los cajones de la ropa, inspeccionando escrupulosamente cada lugar del cuarto. Si el Drumch existía y era real, si Matías tenía razón y quería advertirle de algo, tal vez hallara allí la respuesta. Y tras examinar toda la habitación, al final encontró lo que buscaba, en la forma de un pequeño pin metálico que había quedado oculto a la vista detrás de una de las patas de la cama.

Fuentes se quedó mirando aquella pequeña y brillante pieza mientras la sujetaba con dos dedos, fijándose en el logotipo marcado en ella. Las iniciales de la empresa, inscritas en color dorado, sobre unas pequeñas estrellas del mismo color. Aquel pin era algo que conocía muy bien, pues él mismo llevaba uno igual en su chaqueta. Era la insignia de su empresa.

Al reconocer aquel objeto, Fuentes se dio cuenta de que era el interruptor que mencionó el doctor Fuentes en su consulta. Pero la luz que arrojaba no era para enterrar las visiones del Drumch, sino para disipar las sombras del engaño y la traición. Porque entonces lo supo al instante, un conocimiento tan turbador que casi le dio arcadas en aquel momento.

—¿Desde cuando te acuestas con Raúl? —dijo en voz alta, dirigiéndose a su mujer, que sabía que estaba detrás de él, en la puerta de la habitación.

—Eso no importa. Lo importante es que al fin te has dado cuenta, aunque no se como diablos lo has hecho. Así que ahora tendremos que hacerlo de una vez, sin esperar más.

Fuentes se volvió lentamente hasta quedar de frente a Elena, la cual le apuntaba al pecho con un revólver. En los ojos de su mujer brillaba una fría determinación, una amenazadora mezcla de odio y avaricia que nunca jamás hubiera imaginado que podría poseer.

—Solo dime una cosa, Elena, ¿matasteis a mi hijo? —preguntó con un ligero temblor de voz Fuentes.

—Era necesario, Alberto. Legalmente la fortuna familiar pasaría a ser de Julián en caso de que a ti te pasara algo. Así que Raúl lo preparó todo, para primero librarnos de ese mocoso llorón al que nunca soporté. Sin embargo Julián se escapó tras una pequeña escaramuza con Raúl, donde se le debió caer ese pin que sostienes. Y al salir de casa, tuvimos la suerte de que apareciese aquel Ford que atropelló a tu pequeño bastardo, haciéndonos el trabajo. Luego Raúl preparó lo de los frenos del coche, pues sabiendo lo rápido que conduces lo normal es que te hubieses estrellado contra algún muro. Pero la verdad es que alguien debe protegerte, porque no hemos podido acabar contigo ni siquiera preparando lo del accidente con la caja eléctrica. Pero aún nos queda una última jugada.

Mientras Elena sonreía con malicia, ambos escucharon como la puerta de la casa se abría, y poco a poco se acercaron unos pasos profundos. Era Raúl, con su metro noventa de altura, la figura oscura que Fuentes había divisado en el garaje de su casa el día del accidente eléctrico. El asesino de su hijo, el que había sido hasta ahora su mejor amigo. Un traidor, un judas.

—Lo siento, Alberto, hubiese preferido que no fuese así, pero no nos dejás otra alternativa —dijo Raúl, con tono condescendiente.

—Iros al infierno, los dos. Ambos sois unos traidores y unos asesinos. No os saldréis con la vuestra —exclamó Fuentes, airado.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó Elena a Raúl.

–Cariño, creo que los tres nos vamos a ir a dar un paseo, al fin y al cabo estamos en familia, ¿no? –contestó Raúl con una sonrisa irónica.

El viento frío surcaba la oscuridad de la noche barriendo a su paso las hojas secas de los árboles que rodeaban el cementerio. En lo alto del cielo, el ojo azulado de la inmensa luna se abría paso ante la insondable negrura, iluminando el tétrico escenario que se desarrollaba bajo su mirada vigilante. Pues allí, delante de la tumba de Julián, se hallaban las figuras de tres personas: Fuentes, Raúl y Elena.

–¿Así que este es vuestro plan? –dijo despreciativamente Fuentes–. Pegarme un tiro delante de la tumba de mi hijo.

–En efecto, así es –contestó Raúl, que encañonaba a Fuentes con el revolver–. Mañana Elena denunciará tu desaparición, y encontrarán aquí tu cadáver, al lado del revolver. Imagínate lo que pensarán todos: padre depresivo se suicida tras no poder superar la pérdida de su hijo. Por supuesto la policía hará algunas cuantas preguntas, pero Elena y yo nos encargaremos de exagerar tu estado mental. Eso, unido al hecho de tus dos accidentes y de que visitabas a un psicólogo, será suficiente.

–Y cuando toda tu fortuna esté en mis manos, Raúl y yo nos iremos a disfrutarla a alguna isla perdida del Caribe. ¿Verdad, amor mío? –Elena se volvió a Raúl y le dio un gran beso en la boca, ante la furiosa mirada de Fuentes.

–¿Algo que decir antes de morir, amigo mío? –preguntó irónicamente Raúl a Fuentes.

–Vete al infierno, tú y esa zorra traidora –escupió rabiosamente Fuentes.

Raúl y Elena rieron diabólicamente, una risa maligna que se propagó a través del viento que recorría el cementerio, un sonido que aparte de ellos tres sólo podía ser escuchado por los moradores que yacían impertérritos en la oscuridad de sus tumbas. Y los muertos no saldrían de debajo de la tierra para ayudar a Fuentes.

Fuentes miró fijamente a Raúl, mientras éste le apuntaba a la cabeza y se disponía a apretar el gatillo. Y entonces vio como su asesino mudaba su rostro a una expresión de terrorífico asombro, mientras contemplaba algo que se encontraba justo a la espalda de Fuentes. Y enseguida supo de quien se trataba. El Drumch.

Fuentes no perdió el tiempo y actuó, lanzándose sobre Raúl y derribándolo al suelo. Comenzaron un salvaje forcejeo, que de momento se saldó con la pérdida del revolver por parte de Raúl. Aunque éste era más alto y corpulento que Fuentes, no era tan rápido y ágil, por lo que le costaba ganar la posición en la lucha. Intercambiaron algún que otro puñetazo,

acompañado de moratones, labios partidos y narices sangrantes. Despojados de la condición humana, ahora ambos contendientes se hallaban reducidos al estado salvaje de dos bestias confrontadas, que rugían con furia intentando destruirse mutuamente.

Se oyó un estampido, un trueno brutal que interrumpió súbitamente la feroz contienda, haciendo que tanto Raúl como Fuentes se apartasen. Raúl se volvió hacia Elena, que sostenía el revolver humeante con ambas manos, y la luna reveló la herida mortal en su pecho. Miró con ojos de sorpresa a su amante, intentó decir algo, pero de su boca sólo salió un pequeño hilillo de sangre que se escurrió por su barbilla. Luego Raúl cayó al suelo, muerto, con los ojos abiertos como platos.

–Todo ha sido por tu culpa, bastardo –gritó Elena, histérica–. Teníamos un buen plan, y tú lo has estropeado, como siempre. Pero ahora lo pagarás.

Elena se dispuso a acribillar a tiros a Fuentes, pero de repente apareció a su lado el Drumch, y la visión de aquella criatura horrible y deforme hizo retroceder a la mujer, que resbaló y cayó hacia atrás. Un sonido de huesos rotos y la cabeza torcida en un ángulo poco común fueron las señales de una segunda muerte, una nueva alma arrebatada al mundo de los vivos que pronto se añadiría a la comunidad de los residentes del cementerio.

Fuentes se levantó del suelo, y comprobó que los dos cuerpos ya nunca más se levantarían por su propio pie. Su socio y amigo, Raúl, convertido en un asesino y un traidor. Su mujer, Elena, transformada en una mujer cruel e infiel. Ambos habían tenido su justo castigo. Ahora podrían permanecer juntos para toda la eternidad, sus almas pecadoras condenadas a quemarse en el fuego del infierno por toda la eternidad.

Todo había terminado. Fuentes dirigió su mirada hacia la figura del Drumch, que poco a poco iba desvaneciéndose en la oscuridad, perdiendo forma, mientras permanecía de pie e inmóvil al lado de la tumba de Julián. Fuentes creyó ver una extraña sonrisa en el rostro arrugado de la criatura, mientras ésta le contemplaba con sus ojos amarillentos. Luego, simplemente, desapareció.

Fuentes se quedó un rato meditabundo, sospechando que ya nunca más volvería a ver al Drumch. Justo cuando iba a marcharse del lugar para avisar a la policía, se dio cuenta de que había un pequeño objeto encima de la losa de piedra de la tumba de su hijo. Se agachó y lo cogió, temblando de emoción al reconocerlo. Las lágrimas bañaron las mejillas de Fuentes, mientras admiraba el diminuto gorrito alargado, su chaqueta militar con galones dorados, su rifle terminado en una bayoneta afilada. Se trataba del soldado de plomo preferido de Julián, el jefe de los fusileros, la pequeña figura que faltaba en la vitrina de la habitación del niño. La pieza que el pequeño Julián siempre llevaba consigo a todas partes.

INFORME MEDICO DEL PACIENTE MAT-001

Hoy ha fallecido el paciente llamado Matias. Al parecer, ha sido víctima de un ataque al corazón, curiosamente tras recibir la visita de algunos de sus familiares. Aunque Matias no quería recibirlos, yo he aprobado la visita, creyendo que sería beneficioso para su estado de salud. Pero tal vez me equivoqué.

Matias sufría de un estado de ansiedad acompañado de frecuentes cambios de humor que repercutían unas veces en un comportamiento agresivo, y otras en un estado de absoluto mutismo. A veces incluso deliraba, hablando de una criatura al que denominaba «Drumch», y que al parecer era una especie de duende fantasmagórico fruto de su imaginación. Según Matias, el Drumch se manifestaba sólo cuando le advertía de que algo malo estaba a punto de sucederle. Normalmente decía que este paciente sufría de un estado alucinatorio permanente y obsesivo, pero hoy tengo dudas.

A la vista de las manifestaciones de otro paciente mío, Alberto Fuentes, que también señala haber visto a una criatura de similar descripción a la de Matias, no puedo impedir que extraños pensamientos crucen mi mente. ¿Y si el Drumch existe? ¿Y si es algo más que una simple alucinación colectiva, fruto del subconsciente? ¿Y si de verdad esta criatura se aparece a gente en peligro, como señal de advertencia?

Siempre me he mantenido en una posición escéptica en cuanto a sucesos extraordinarios y fenómenos paranormales de toda índole, pero en mi defensa he de decir que este caso es el más extraño que he visto en todo mi extensa carrera. Así que espero no equivocarme si recomiendo a la policía que haga la autopsia al cadáver de Matias. ¿Qué espero encontrar? No lo sé, pero aunque la razón me indique una cosa, mi corazón me lleva a sospechar que tal vez Matias y Fuentes estén en lo cierto en cuanto a ese extraño ser. Y no sería nada raro que la policía descubriese que el ataque al corazón que sufrió Matias fuese provocado por alguna sustancia, inducida por alguno de sus familiares. Una muerte motivada por la avaricia humana, ya que evidentemente Matias es un hombre muy rico, y tal vez alguno de sus herederos sea algo impaciente y no tenga ganas de esperar mucho tiempo para recibir su parte. Al fin y al cabo, la codicia del ser humano no tiene límites, y eso sí que es un hecho contrastado a través de los tiempos. Por eso tal vez necesitemos ayuda, alguien que nos proteja a nosotros mismos de nuestros propios pecados, de nuestra imperfección. Aunque a veces dicha ayuda provenga de seres extraordinarios que provienen de una dimensión desconocida para nosotros.

Como el Drumch

Informe firmado electrónicamente por el Doctor Ferrer en la fecha de hoy:

